

**CULTURA, ETNICIDAD Y  
TRABAJO.  
EFECTOS LINGÜÍSTICOS Y  
POLÍTICOS DE LA EXPLOTACIÓN  
DE LA MUJER**

LÉLIA GONZALEZ

**CULTURA, ETNICIDAD  
Y TRABAJO.  
EFECTOS LINGÜÍSTICOS Y  
POLÍTICOS DE LA EXPLOTACIÓN  
DE LA MUJER**  
Lélia Gonzalez



*Cultura, etnicidad y trabajo: efectos lingüísticos y políticos de la explotación de la mujer* © 2023 by Lélia Gonzalez (autora) e Irán Vázquez Hernández (traducción) is licensed under [cc by-nc-nd](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

4.0

Sin registro: a favor de la memoria colectiva.  
Permitida cualquier reproducción  
siempre y cuando se cite a la autora, traductor y/o fuente.  
México, 2023

## NOTA

Lélia Gonzalez es una de las pensadoras brasileñas más relevantes del siglo XX. Feminista, activista y defensora de los derechos de la población afrodescendiente, es reconocida por acuñar el concepto de “Amefrica Ladina” para simbolizar de manera crítica la complejidad racial de nuestro continente. Sin embargo, su obra apenas comienza a difundirse en el mundo hispanohablante a través de traducciones de algunos de sus artículos más esenciales. El texto que presentamos aquí, “Cultura, etnicidad y trabajo: efectos lingüísticos y políticos de la explotación de la mujer” es una reflexión de vital importancia dentro de su trayectoria como activista e intelectual feminista. Leído en una conferencia el 6 de abril de 1979, en el marco del 8º Encuentro Nacional de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, en Pittsburg, Lélia Gonzalez sostiene en este texto, desde una perspectiva marxista, que la intersección entre el capital, la etnia, la raza y el género es un factor determinante en la explotación de las mujeres afrodescendientes. El aporte de la autora en este sentido es fundamental, no sólo porque su crítica al “feminismo blanco” se adelanta a algunas conclusiones de “Bajo los ojos de occidente” de Chandra Mohanty, sino también porque proyecta una radiografía del racismo en Brasil que bien puede

trasladarse a otras regiones de nuestro continente. Se trata, pues, de un ensayo fundacional en la historia de los feminismos y del pensamiento crítico en Nuestra América. Para elaborar la presente traducción nos basamos en el texto en portugués publicado en Lélia Gonzalez, *Por un feminismo afro-latino-americano. Ensaio, intervenções e diálogos*, Organização Flavia Rios e Márcia Lima, Rio de Janeiro: Zahar, 2017.

En este breve texto examinaremos de qué manera el género y la etnicidad son manipulados de tal manera que, en el caso brasileño, los niveles más bajos de participación en la fuerza laboral “casualmente” pertenecen exactamente a las mujeres y a la población negra.

Lélia Gonzalez  
Pontífica Universidad Católica  
de Río de Janeiro

## INTRODUCCIÓN

Algunas consideraciones preliminares son necesarias en la que medida en que, para mayor inteligibilidad de este trabajo, es importante un enfoque (aunque esquemático) del funcionamiento del modo de producción capitalista en determinadas formaciones socioeconómicas como la brasileira.

Nuestra reflexión sigue las tesis desarrolladas por José Nun, al analizar los conceptos de “superpoblación relativa”, “ejército industrial de reserva” y “masa marginal”, en términos de América Latina (Nun, José, 1978).

De acuerdo con la lógica interna que determina su expansión, se observa que, en su fase monopolista, el capitalismo industrial obstaculiza el crecimiento equilibrado de las fuerzas productivas en las regiones subdesarrolladas. La problemática del desarrollo desigual y combinado nos remite a los factores que, actuando como límites internos y externos, terminan por obstaculizar la dinámica del sistema. La formación de una masa marginal, por un lado, así como la dependencia neocolonial y el mantenimiento de formas productivas anteriores, por otro, constituirán los factores mencionados anteriormente. Está claro que terminan por articularse, ya que son elementos característicos de una problemática.

Sabemos que el proceso de acumulación primitiva permite la emergencia de los dos elementos principales de la estructura del capitalismo: el trabajador libre y el capital dinero (Marx, K., 1965, p. 1205). Sin embargo, en términos de Brasil, este proceso se vio fuertemente afectado, pues no se produjeron transformaciones estructurales en el sector agrario (que permitirían el crecimiento industrial). Por otro lado, con respecto al capital, nuestra inserción dependiente en el mercado mundial (producción de alimentos y materias primas) determinó que el saqueo, en un principio, y luego el comercio exterior, asumieran el papel de grandes fuentes productoras de lucro, manipuladas desde las metrópolis. Además, es necesario situar a los beneficiarios locales de esta situación, que se apropian de gran parte del excedente, desviándolo de la inversión industrial (consumo puro y simple, especulaciones financieras, negocios inmobiliarios, etc.).

En cuanto al elemento “trabajador libre”, también aquí se constatan factores deformadores en su proceso de consolidación, dado que una serie de vínculos, característicos de formas productivas anteriores, todavía se conservan en gran parte del sector rural. Este tipo de perpetuación impide o distorsiona el funcionamiento de lo que, en rigor, constituiría un mercado de trabajo. Vale la pena señalar que, a pesar de no participar en las relaciones productivas del

capitalismo industrial, la fuerza de trabajo prisionera de estos vínculos sigue sometida a la hegemonía. En otras palabras: la presencia actual, en diferentes expresiones, de capital comercial relacionado con formas precapitalistas de explotación laboral, se articula (en grados de mayor o menor complejidad) con el sector hegemónico de la economía y de manera benéfica para este último.

La coexistencia de tres procesos de acumulación cualitativamente diferentes (capital comercial, capital industrial competitivo y capital industrial monopolista) apunta a efectos diferentes sobre la fuerza de trabajo. El que está bajo el dominio del capital comercial presenta todavía distintas formas de fijación (a la tierra, al instrumento de trabajo, al fondo de consumo, a la explotación misma) que lo diferencia estructuralmente de los demás, ya que sólo con el capitalismo industrial viene el trabajador libre. Una segunda diferencia nos conduce a la distinción entre los dos tipos de capital:

**Monopolista:** elevada tasa de ingresos; determinación previa, a mediano plazo, de los costos; el menor impacto relativo al trabajo en los costes, etc., implica, en términos de mano de obra, una integración estable del trabajador en la empresa (mayores salarios, cumplimiento de leyes sociales, la capacidad de negociación con las organizaciones sindicales, etc.)

**Competitivo:** (satélite del anterior o con su campo de acción reducido) demanda inestable; margen de beneficio pequeño o fluctuante; créditos restringidos; baja productividad; un gran contingente de mano de obra implica una tendencia a reducir los salarios a niveles bajos, el incumplimiento de las leyes sociales y la neutralización de la acción sindical.

Con base en lo anterior, se puede apreciar la coexistencia de dos mercados laborales diferentes, lo que determina una muy alta dispersión de salarios.<sup>1</sup>

La presencia de los tres procesos de acumulación, bajo la hegemonía del capital industrial monopolista, demuestra, por otro lado, que el desarrollo desigual y dependiente mezcla e integra momentos históricos diversos. Es en este momento de su análisis (p. 122) que Nun vuelve la cuestión de la funcionalidad de la superpoblación relativa, afirmando que, en nuestro caso, gran parte de ella se vuelve superflua y pasa a constituir una “masa marginal” frente al proceso de

---

<sup>1</sup> Las diferencias salariales en Brasil son tales y la distribución de la renta es tan desproporcionada que, por un lado, somos el país que paga uno de los “salarios” mínimos más bajos del mundo; por otro lado, menos del 20% de la población brasileña paga impuestos de “renta”.

acumulación hegemónica, representada por las grandes empresas monopolistas. Las cuestiones relacionadas con el desempleo y el subempleo inciden exactamente en esta población. En el desarrollo de este trabajo, verificaremos de qué manera el género y la etnicidad son manipulados de tal manera que, en el caso brasileño, los niveles más bajos de participación en la fuerza laboral “coincidentalmente” pertenecen exactamente a las mujeres y a la población negra.

Veamos ahora cuál es la composición de esos contingentes que, frente al mercado laboral del capital monopolista, se configura como una masa marginal:

- a. Parte de la mano de obra empleada por el capital industrial competitivo;
- b. La mayoría de los trabajadores que buscan refugio en actividades terciarias de baja remuneración.
- c. La mayoría de los desocupados.
- d. La totalidad de fuerza laboral que, de manera mediata o inmediata, está sometida al capital comercial.

Es importante destacar que el resto de los elementos constitutivos de los grupos (a), (b) y (c) actúa como un ejército industrial de reserva frente al sistema hegemónico, de la misma manera que una parte correspondiente de los grupos (b), (c) y (d) desempeña

el mismo papel frente al mercado laboral del capital industrial competitivo. Sin embargo, la baja capacidad de absorción de este último sector termina planteando la cuestión de la funcionalidad de la población restante, reintroduciendo, a un nivel más bajo, la categoría de la masa marginal (p. 124 y 125). Esta última puede ser utilizada tanto en sentido restringido como en sentido amplio, dependiendo del criterio de referencia al que se relacione: el mercado laboral del capital industrial puro y simple en el primero caso, y el mercado laboral del capital monopolista en el segundo. No obstante, si se desea investigar la estratificación interna de la fuerza laboral en su conjunto, el uso del concepto en sentido amplio se vuelve mucho más fácil.

Desde el momento en que se plantea la cuestión de la marginalidad funcional (“ejército industrial de reserva”) y la no funcional (“masa marginal”) como tipos distintos dentro de la superpoblación relativa, es en la instancia económica donde se desarrolla el análisis. Sin embargo, si se desea abordar el problema de la participación, la transición a otra esfera, la de las prácticas sociales, se vuelve necesaria para evitar el riesgo de caer en el economicismo. Esto implicaría una investigación más amplia que se dirigiría a aquellas instancias que, junto con la economía, limitan objetivamente los diversos comportamientos posibles de los actores. Nos referimos a las instancias política e ideológica, a las cuales volveremos en la segunda parte

de este trabajo. En consecuencia, algunas observaciones son necesarias.

La primera se refiere a la distinción entre integración social (relaciones armoniosas o conflictivas entre los actores) e integración del sistema (relaciones armoniosas o conflictivas entre las partes de un sistema social). La falta de distinción lleva a la mayoría de los analistas a centrarse en la cuestión de la integración social y a desarrollar temáticas dualistas del tipo adaptación/ alienación, norma/ poder, consenso/ conflicto, etc., lo que les impide percibir el fenómeno como un indicio de las contradicciones estructurales del sistema. Veamos la pasaje en que Nun nos aclara sobre el problema:

(...) un desarrollo capitalista desigual y dependiente, que combina diversos procesos de acumulación, genera una superpoblación relativa con referencia a la forma de producción hegemónica, y que actúa, en parte, como un ejército industrial de reserva y, en parte, como una masa marginal. Lo importante es que la no funcionalidad de esta última está indicando un bajo grado virtual de integración del sistema, un desajuste a resolver, cuya resolución organiza modos de integración social compatibles con el mantenimiento de la matriz de relaciones vigente (op. cit., p. 126).

El debate en torno al “dualismo estructural” (sociológico y económico) de las formaciones periféricas, por ejemplo, no se da cuenta de que en un sistema cuyas partes presentan contradicciones

estructurales que lo amenazan, la mantenimiento del equilibrio consiste exactamente en minimizar la interdependencia de esas partes, en fragmentar de cierta manera el conjunto. Por lo tanto, la no funcionalidad de la masa marginal acaba convirtiéndose en “a-funcionalidad”, lo que favorece los diferentes niveles de autonomía de los subsistemas en los que está contenida.

Si nos detenemos un poco en el intento de caracterizar el tipo de equilibrio que se establece, verificamos que nada tiene de estático, ya que ocurre en un campo de tensión constante en el que las presiones más descentralizadas exigen la multiplicación de alianzas y compromisos a menudo inestables. En el caso brasileño, por ejemplo, pensemos en la combinación parcial de los tres sistemas productivos bajo la hegemonía del capital monopolista; dado que lo económico es el determinante en última instancia (Althusser, 1967, p. 45), el índice de dominación manifestado será diferente en cada uno de ellos.

Ahora bien, la mantención del equilibrio, mediante la autonomización relativa de cada sector, denota tener un carácter complicado e inestable, ya que la interacción de los diferentes índices de dominación no puede dejar de ocurrir. Si, por un lado, la instancia ideológica predomina en las relaciones pre-capitalistas, por otro lado, en el caso del capitalismo competitivo,

prevalece la instancia económica; pero en términos de capitalismo monopolista, el nivel político interviene de manera creciente en todas las esferas. En otras palabras, si el liberalismo económico (capitalismo competitivo) socava el paternalismo ideológico (capital comercial), ambos son utilizados por la lógica planificadora (capitalismo monopolista) que, a su vez, sufre su influencia. En tal situación, surge el Estado como el mediador necesario que evita la desarticulación sistemática a través de la coerción abierta.<sup>2</sup>

La comprensión de esta lógica de incoherencia reenfoca ciertos análisis en términos de dualismo sociológico (sociedad tradicional/sociedad moderna, coexistiendo en un mismo país). Si el sistema, como un todo, requiere la reducción de la interdependencia de sus partes, es evidente que si la autonomía relativa de una de ellas se ve amenazada, el sistema también lo estará. En términos concretos, observemos lo que Nun denomina “realismo sociológico” de la burguesía paulista durante el gobierno Goulart: las campañas de alfabetización en el Nordeste se volvieron amenazadoras en la medida en que se traducían en costos económicos y riesgos políticos. Por otro lado, es

---

<sup>2</sup> Recordemos aquí el populismo que caracterizó la acción del Estado brasileño y de cómo sus contradicciones terminaron desembocando en el golpe de 1964 y en la ascensión del sector militar al poder. En ambos casos, tenemos la característica común del autoritarismo.

en este tipo de contexto donde se inscribe el mito de la democracia racial brasileña.

Por lo expuesto, se verifica el carácter heurístico del concepto de masa marginal, ya que al evidenciar problemas en la integración del sistema, nos permite comprender que estos determinan patrones específicos de integración social.

Nun distingue tres tipos básicos de implicación marginal en el proceso productivo:

**Tipo A.** Abarca los diferentes modos de fijación de la mano de obra y se divide en cuatro categorías principales:

- a) Rural “por cuenta propia” (comunidades indígenas, minifundios de subsistencia, pequeños mineros, etc.);
- b) Rural “bajo patrón” (colonos semi-siervos de fincas tradicionales, comunidades “dependientes” o “cautivas”, trabajadores “vinculados” por métodos coercitivos, etc.);
- c) Urbanos “por cuenta propia” (pequeños artesanos pre-capitalistas);
- d) Urbano “bajo patrón” (trabajadores, principalmente en servicios domésticos, vinculados a un fondo de consumo y que no reciben salario en dinero).

**Tipo B.** Constituido por mano de obra libre que falla, total o parcialmente, en el intento de incorporarse de manera estable al mercado laboral. La diferencia fundamental, en este caso, permite distinguir las variedades rurales y urbanas de las formas comprendidas en el tipo: el desempleo abierto, la ocupación “refugio” en servicios puros, el trabajo ocasional, el trabajo intermitente y el trabajo por temporada.

**Tipo C.** Incluye asalariados de los sectores menos modernos que se caracterizan por condiciones muy rigurosas de trabajo, escasa aplicación de la legislación social y remuneración alrededor del nivel de supervivencia. En la medida en que también se imponen las variedades rurales y urbanas aquí, vale la pena señalar que mientras en este último las manifestaciones del tipo tienden a localizarse en empresas de baja productividad, lo mismo no ocurre necesariamente en el campo.

Los tipos presentados tienen como criterio de referencia otros dos tipos no “marginales”: el productor rural directo y la mano de obra asalariada estabilizada absorbida por los sectores modernos del campo y la ciudad. A partir de estas dos categorías como límites superiores, Nun propone una reintegración de la tipología presentada, según un doble esquema de graduación que separaría los ejes:

- Acceso a la tierra: desde el minifundista de subsistencia hasta el productor tipo “farmer”, pasando por las formas híbridas de actividad asalariada temporal.
- Constitución del trabajador “libre”: desde la mano de obra “fijada” hasta la fuerza de trabajo incorporada a los sectores más modernos, pasando por las categorías incluidas en los tipos “B” y “C”.

## **CUESTIONES DE TEORÍA**

Diferentes posicionamientos teóricos han buscado explicar la situación de la población de color (negros y mulatos) en nuestro país, en la medida en que dicha situación se traduce en una participación mínima en los procesos políticos, económicos y culturales. A pesar de la seriedad de los teóricos brasileños, se percibe que muchos de ellos no logran escapar de las astucias de la razón occidental. Aquí y allá podemos constatar en sus discursos los efectos del neocolonialismo cultural, desde la transposición mecánica de interpretaciones de realidades diferentes hasta las articulaciones más sofisticadas “conceptuales” que se pierden en el abstraccionismo. Su “distanciamiento científico” respecto a su “objeto” (es decir, el negro y el mulato)

revela, en realidad, la necesidad de apartar un dato concreto fundamental: como brasileiros, no podemos negar nuestra ascendencia negro/indígena, es decir, nuestra condición de pueblo de color. ¿Alienación? ¿Recalcamiento? El hecho es que, en términos de teóricos, este obstáculo epistemológico produce discursos parciales en ambos sentidos.<sup>3</sup> Veamos a continuación las tendencias dominantes en el análisis de las relaciones raciales en Brasil, sin extendernos en su caracterización, ya que no es nuestro objetivo en este trabajo.

La sociología académica se ha posicionado en el sentido de las maneras más diversas, apreciar la integración y asimilación del negro como algo que ocurrirá gracias a las exigencias lógicas del industrialismo y, consecuentemente, de la modernización. En este sentido, el análisis del proceso abolicionista, según los teóricos de esta tendencia, justifica la actual situación de marginación del negro como efecto del “despreparo del ex esclavo para asumir los papeles de hombre libre, principalmente en la esfera del trabajo” (Hasenbalg, 1977, p. 12). El repentino paso del régimen servil al de trabajo libre hizo del “buen esclavo un mal ciudadano” (Moura, Clóvis,

---

<sup>3</sup> Es importante no olvidar que “como instrumento de legitimación de la racionalidad del orden existente, la ciencia, a través de su inserción en los aparatos ideológicos del Estado, puede contribuir a la consolidación del orden vigente” (Rouabet, S. P., 1978, p. 40).

1977). La cultura de la pobreza, la anomia social, la familia desestructurada, como efectos actuales de este salto, explicarían las desigualdades raciales vigentes (Fernandes, Florestan, 1972, 1977, 1978; Ianni, O., 1972). Esta interpretación, además de desplazar al negro las razones de su movilidad social, no considera el hecho de que la gran mayoría de la población de color (90%) ya estaba libre y económicamente activa antes de 1888 (cf. Hasenbalg, C., 1977 y 1978, y Skidmore, Thomas E. 1976, p. 56-60). Por otro lado, esta interpretación parece eximir al segmento blanco y sus instituciones de la menor responsabilidad en relación con la situación actual del negro.

La segunda tendencia importante a considerar está representada por el marxismo ortodoxo. Aquí, la categoría “raza” termina diluyéndose en una temática económica (mejor dicho, economicista), ya que la discriminación no es más que un instrumento manipulado por el capitalista que busca, mediante la explotación de las minorías raciales, dividir a la clase trabajadora. La solución sería la alianza entre trabajadores de diferentes razas. Sin embargo, bastaría, para comprobar la fragilidad de tal posición, el caso extremo de la división entre el proletariado afrikáner y el proletariado negro de Sudáfrica. Por otro lado, en términos de la realidad brasileña, hay que considerar que la mayoría de la población prácticamente no ha alcanzado la condición de fuerza laboral relacionada

con el capitalismo industrial competitivo. Si nos remitimos a los tipos básicos de Nun en cuanto a la masa marginal, constataremos que la población negra en Brasil estaría situada en los tipos A y B (desempleo abierto, ocupación “refugio” en servicios puros, trabajo ocasional o eventual, ocupación intermitente y trabajo por temporada).

La tercera aproximación es aquella que sostiene que los grupos racialmente subordinados son minorías que internalizan el proceso de colonización. El privilegio racial es uno de los puntos clave de esta posición, ya que evidencia cómo, en todos los niveles, el grupo blanco fue el beneficiario de la explotación de los grupos raciales. Los aspectos culturales y políticos de las relaciones raciales muestran cómo el blanco afirmó su supremacía a expensas y en presencia del negro. Es decir, “además de la explotación económica, el grupo blanco dominante extrae un plus psicológico, cultural e ideológico del colonizado” (Hasenbalg, 1977, p. 50). En el caso brasileño, se puede pensar en los efectos de la ideología del blanqueamiento articulada con el mito de la democracia racial. Es importante destacar cómo estos efectos se concretizan en los comportamientos inmediatos del negro “que se põe em teu lugar” (que se coloca en su lugar), del “preto de alma branca” (negro de alma blanca). El ejemplo más evidente del representante del grupo racialmente dominado que internalizó y reprodujo el lenguaje del grupo

dominante, en nuestro caso, es el discurso de Oliveira Vianna. Este “mulato, científico social y político influyente en la década de veinte” (Nascimento, Abdias, 1978, p. 72) es un gran ideólogo del blanqueamiento de la población brasileña. Al defender la política que estimulaba la inmigración europea, afirmaba que de esta manera era posible disminuir el “índice de nigrescência de nuestra gente, arianizando nuestro pueblo y avanzando hacia un refinamiento cada vez más agudo de la raza, en un proceso de clasificación” (cf. Paiva, Vanilda, 1978, p.135). Aquí tenemos una representación mucho más sofisticada del papel desempeñado por los capataces y capitanes del mato en el pasado. La ideología del blanqueamiento se constituye como telón de fondo de aquellos discursos que exaltan el proceso de mestizaje como expresión más acabada de nuestra “democracia racial”.<sup>4</sup>

En nuestra opinión, no podemos dejar de tener en cuenta las dos últimas posiciones, ya que, adecuadamente dialectizadas, nos permiten un análisis más objetivo de las relaciones raciales en Brasil. Esto es lo que hasta ahora hemos intentado demostrar.

---

<sup>4</sup> Gilberto Freyre, ideólogo oficial de las relaciones raciales en Brasil, llega a señalar la formación de una meta-raza brasileña, ocultando de este modo la cuestión general de la discriminación y, en particular, la explotación sexual de la mujer negra.

## **LAS RELACIONES RACIALES EN BRASIL DESPUÉS DE LA ABOLICIÓN**

En Brasil, el racismo, como construcción ideológica y conjunto de prácticas, ha pasado por un proceso de perpetuación y refuerzo después de la abolición de la esclavitud, en la medida en que benefició y beneficia ciertos intereses. “En las sociedades de clases, la ideología es una representación de lo real, pero necesariamente falseada, porque es necesariamente orientada y tendenciosa, y es tendenciosa porque su objetivo no es proporcionar a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social en el que viven, sino, por el contrario, mantenerlos en su ‘lugar’ en el sistema de explotación de clases” (Althusser, L., 1967, p. 39-40). Es importante destacar que la eficacia del discurso ideológico se da por su internacionalización por parte de los actores (tanto los beneficiarios como los perjudicados), quienes lo reproducen en su conciencia y en su comportamiento inmediato.

En este momento, es relevante introducir la propuesta de Hasenbalg, basada en la distinción establecida por Poulantzas, entre los dos aspectos de la reproducción ampliada de las clases sociales (Poulantzas, Nicos, 1975, p.30-31): por un lado, el aspecto principal, la reproducción de los lugares de las

clases, y por otro lado, el aspecto subordinado, la reproducción de los actores y su distribución entre estos lugares.

Me gustaría proponer aquí la perspectiva según la cual la raza, como atributo socialmente elaborado, se relaciona directamente con el aspecto subordinado de la reproducción de las clases sociales, es decir, la reproducción (formación – calificación – sumisión) y distribución de los agentes. Esto implica claramente que las minorías raciales no están excluidas de la estructura de clases de las sociedades multirraciales donde las relaciones de producción capitalista, u otras relaciones, son dominantes. Además, el racismo, como articulación ideológica que toma forma y se realiza a través de un conjunto de prácticas (es decir, discriminación racial), es uno de los principales determinantes de la posición de los negros y no blancos dentro de las relaciones de producción y distribución. Dado que el racismo (similar al sexismo) se convierte en una parte de la estructura objetiva de las relaciones ideológicas y políticas del capitalismo, la producción de la división racial (o sexual) del trabajo puede explicarse sin recurrir a elementos subjetivos como el prejuicio (Hasenbalg, Carlos A., 1978, p.101-102).

Recordemos que, en el caso brasileño, se puede caracterizar la coexistencia de tres procesos distintos de acumulación, bajo la hegemonía de aquel referente al capitalismo monopolista. Uno de los legados concretos de la esclavitud se refiere a la distribución geográfica de la población negra, es decir, su ubicación periférica en relación con las regiones y sectores hegemónicos. En otras palabras, la mayor concentración de la población negra ocurre

precisamente en el llamado Brasil subdesarrollado, en las regiones donde predominan las formas precapitalistas de producción con su autonomía relativa. A partir de esta constatación, se podría afirmar que el racismo no sería más que un arcaísmo cuya persistencia histórica, tarde o temprano, acabaría desmoronándose frente a las demandas de la sociedad capitalista moderna. Pero, como ya vimos en la introducción, los problemas relacionados con la integración del sistema imponen patrones específicos de integración social (Nun, J., 1978, p. 128). Es en este sentido que el racismo, como articulación ideológica y conjunto de prácticas, muestra su eficacia estructural en la medida en que establece una división racial del trabajo y es compartido por todas las formaciones socioeconómicas capitalistas y multirraciales contemporáneas. En términos de mantenimiento del equilibrio del sistema en su conjunto, es uno de los criterios de mayor importancia en la articulación de los mecanismos de reclutamiento para las posiciones en la estructura de clases y en el sistema de estratificación social. No es necesario decir que la población negra, en términos de capitalismo monopolista, va a constituir, en su gran mayoría, la creciente masa marginal. En términos de capitalismo industrial competitivo (satelizado por el sector hegemónico), se configura como un ejército industrial de reserva.

En este momento, podría plantearse la típica cuestión del economicismo: tanto los blancos como los negros pobres sufren los efectos de la explotación capitalista. Pero, en realidad, la opresión racial nos hace darnos cuenta de que incluso los blancos sin propiedad de los medios de producción se benefician de su ejercicio. Está claro que, mientras el capitalista blanco se beneficia directamente de la explotación o sobreexplotación del negro, la mayoría de los blancos recibe sus dividendos del racismo, a partir de su ventaja competitiva en el llenado de posiciones que, en la estructura de clases, implican las recompensas materiales y simbólicas más deseadas. Esto significa, en otros términos, que si personas poseedoras de los mismos recursos (origen de clase y educación, por ejemplo), excepto su afiliación racial, entran en el campo de la competencia, el resultado de esta última será desfavorable para los no blancos.

En términos históricos, sabemos que el régimen esclavista tuvo su acción más amplia y profunda en las regiones brasileñas donde se desarrollaron las plantaciones y las actividades mineras. Fue en estas regiones donde comenzaron los procesos simultáneos de mestizaje y emergencia de una población de color libre. Ahora bien, en la medida en que la población esclava sufrió desplazamientos geográficos que obedecían a las exigencias de la producción económica (ciclos del azúcar, de la minería, etc.), la población de

color libre permaneció en las regiones de origen y se dedicó a las actividades de subsistencia o incluso a la desvinculación económica y social. De hecho, no solo esta población de color libre, sino también los pocos esclavos liberados en 1888 en esas regiones, llegaron a constituir la gran masa marginada en el momento de la emergencia del capitalismo, ya que fueron “fijados” a formas de producción precapitalistas (como socios, agricultores, residentes/trabajadores asalariados rurales, trabajadores mineros, etc.).

También sabemos que la región sudeste fue la última en exigir desplazamientos de la masa esclava y que el régimen esclavista se instaló tardíamente allí. Con esto, observamos que los procesos de mestizaje y emergencia de una población de color libre fueron muy limitados, al igual que la proporción menor del elemento negro o de color en la constitución de la totalidad de la población de la región. Por otro lado, fue a partir de la cultura cafetera que se desarrollaría el proceso de acumulación primitiva necesario para la estructuración del capitalismo. En consecuencia, se planteó la cuestión de la mano de obra libre. El movimiento abolicionista se situó exactamente a partir de las exigencias del nuevo estado de cosas. Sin embargo, es importante destacar que el “13 de mayo” liberó solo al 10% de la población de color de Brasil, ya que el otro 50% ya vivía en estado de libertad y prácticamente concentrado en el “resto del país” (cf.

Hasenbalg, 1978, p. 12 y sig.). Tenemos, por lo tanto, una polarización en términos de distribución racial, que deberá ser debidamente reforzada y reinterpretada en términos del modo de producción que se establecerá hegemónicamente. Cabe señalar que la existencia de un Brasil subdesarrollado, que concentra la mayor parte de la población de color, por un lado; y de un Brasil desarrollado, que concentra la mayor parte de la población blanca, por otro, no es algo que esté desarticulado de toda una política oficial<sup>5</sup> que, desde mediados del siglo pasado hasta 1930, estimuló el proceso de inmigración europea destinada a resolver el problema de la mano de obra del Sudeste.<sup>6</sup> Y es precisamente a partir de 1930 que la población negra de esa región comienza a participar efectivamente en la vida económica y social, lo que la situará en condiciones mejores que la del resto del país, a pesar de la manutención de los criterios de subordinación jerárquica frente al grupo blanco. Hasta entonces, como bien dice Florestan Fernandes, fue completamente marginada del proceso competitivo en el mercado laboral, ya que fue reemplazada por la

---

<sup>5</sup> Recordemos la quema de documentos relacionados con la esclavitud, bajo la justificación de borrar la mancha negra de la esclavitud.

<sup>6</sup> En términos de relación porcentual, los inmigrantes pasaron a constituir la mayoría como fuerza de trabajo y, al mismo tiempo, la minoría en relación a la población total de Sao Paulo, por ejemplo.

mano de obra inmigrante. Es en el período que se extiende de 1930 a 1950 que tendremos el proceso de urbanización y proletarización del negro del Sudeste (Hasenbalg, 1978, p. 14).

Desde el punto de vista del acceso a la educación, observamos que la población de color, a pesar del aumento del nivel de escolaridad de la población brasileña en general en el período 1950/1973, continúa sin tener acceso a los niveles más altos del sistema educativo (secundaria y universidad). En su gran mayoría, permanece en las diferentes fases de la educación primaria. Si relacionamos este aspecto con el acceso a los diferentes niveles ocupacionales, notaremos no solo que la población de color se ubica mayoritariamente en los niveles bajos, sino que también es mucho menos beneficiaria de los retornos de la educación, en términos de ventajas ocupacionales, que el grupo blanco. En otras palabras, si comparamos la relación entre nivel educativo y nivel de ingresos entre los dos grupos raciales, notaremos que la diferencia de ingresos entre blancos y negros es bastante marcada, incluso teniendo el mismo nivel educativo. En el grupo blanco, la relación entre educación e ingresos es prácticamente lineal, mientras que en el grupo negro el aumento educativo no se traduce en un aumento proporcional de ingresos (cf. Hasenbalg, 1978, p. 24). La discriminación ocupacional se constituye como la explicación más

plausible, dado que, concretamente, casi a diario tenemos noticias de la no aceptación de personas de color en ciertas actividades profesionales. La existencia de la Ley Afonso Arinos es una prueba fehaciente de la existencia de procesos de discriminación en nuestro país, ya que, a nivel de su aplicación, irónicamente se constata que funciona mucho más en contra que en defensa de las personas de color.<sup>7</sup>

Estas condiciones nos remiten al mito de la democracia racial como una forma de representación/discurso que encubre la trágica realidad vivida por los negros en Brasil. Dado que todos somos iguales “ante la ley” y que el negro es “un ciudadano igual a los demás”, gracias a la “ley áurea”, nuestro país es el gran complejo de armonía interétnica que debe ser seguido por aquellos en los que la discriminación racial está declarada. Con esto, el grupo racial dominante justifica su indiferencia y su ignorancia con respecto al grupo negro. Si el negro no ha ascendido socialmente y no participa de manera más efectiva en los procesos políticos, sociales, económicos y culturales, la única culpa es de él mismo. Dadas sus características de “pereza”, “irresponsabilidad”, “alcoholismo”,

---

<sup>7</sup> Recordemos aquí el resultado del proceso presentado por aquel estudiante de medicina contra la dirección de la clínica que, abiertamente, declaró no aceptarlo en su grupo de pasantes debido a ser negro: acabó siendo amenazado con acusaciones por difamación.

“infantilidad”, etc., solo puede desempeñar, naturalmente, los roles sociales más bajos. Lo interesante de destacar en estas formas racionalizadas de dominación/opresión racial es que incluso las corrientes consideradas progresistas reflejan, en su economicismo reduccionista, el mismo proceso de interpretación etnocéntrica. Es decir, a pesar de su denuncia de las injusticias socioeconómicas que caracterizan a las sociedades capitalistas, no se dan cuenta de que también reproducen una injusticia racial paralela cuyo objetivo es precisamente la reproducción/perpetuación de aquellas. La pregunta que surge es: ¿hasta qué punto estas corrientes, al reducir la cuestión del negro a una cuestión socioeconómica, no estarían evitando asumir su papel como agentes del racismo disfrazado que consolida nuestras relaciones sociales? En este sentido, su discurso difiere muy poco del de las corrientes conservadoras que, por razones obvias, desean mantener sus privilegios intocables. En otras palabras, el paternalismo/liberalismo racial que impregna el discurso “revolucionario” en la lucha contra el monopolio del capital revela una forma de perpetuación de los mecanismos de dominación utilizados por el sistema que combate. También reacciona negativamente cuando una minoría negra, consciente del racismo disfrazado, denuncia los

diferentes procesos de marginación a los que su pueblo está sometido.

Mientras tanto, los aparatos ideológicos del estado, en la medida en que sirven para mantener las relaciones de producción existentes, desarrollan con eficacia la difusión y el refuerzo de las prácticas de discriminación.

El sistema educacional se utiliza como aparato de control en esta estructura de discriminación cultural. En todos los niveles de la educación brasileña, desde la primaria hasta la universidad, el catálogo de materias enseñadas (...) constituye un ritual de formalidad y ostentación de Europa y, más recientemente, de los Estados Unidos. Si la conciencia es memoria y futuro, ¿dónde está la memoria africana, parte inalienable de la conciencia brasileña? ¿Dónde y cuándo se enseña en las escuelas brasileñas la historia de África, el desarrollo de sus culturas y civilizaciones, las características de su pueblo? Cuando hay alguna referencia al africano o al negro, es en el sentido de distanciamiento y alienación de la identidad negra (Nascimento, Abdias, 1978, p. 95).

En este sentido, es importante destacar que la mayoría de los niños negros, en las escuelas de primer grado, son percibidos como indisciplinados, dispersos, mal adaptados o poco inteligentes. En general, se les remite a los servicios de salud mental para que psiquiatras y psicólogos los sometan a pruebas y tratamientos que los hagan ajustados. Si reflexionamos un poco sobre el tema, no tendremos dificultades para percibir lo que el sistema educativo destila en términos de racismo:

libros de texto, actitud de los profesores en el aula y en los momentos de recreo, apuntan a un proceso de lavado de cerebro de tal orden que el niño que continúa sus estudios y que, eventualmente, llega al tercer grado, ya no se reconoce a sí mismo como negro. Y son precisamente estas “excepciones” que, debidamente cooptadas, terminan afirmando la inexistencia del racismo y de sus prácticas. Cuando se da el caso opuesto, es decir, la no aceptación de la cooptación y la denuncia del proceso de superexplotación al que está sometido el negro, surge inmediatamente la acusación de “racismo al revés”.<sup>8</sup>

## LA MUJER NEGRA

En el período inmediatamente posterior a la abolición, en los primeros tiempos de “ciudadanos iguales ante la ley”, a la mujer negra le correspondió asumir el papel de pilar de su comunidad. Fue el sustento moral y la

---

<sup>8</sup> ...pequeño grupo de intelectuales negros en Brasil, que, alzando la bandera en defensa de la población negra, aun ocupando en nuestra sociedad los estratos más bajos y conformando la mayoría de nuestra fuerza laboral, pasa a una posición de enfrentamiento abierto contra los blancos, oponiéndose incluso a la meza racial, que según ellos, es la herramienta más eficaz de los blancos para anularlos y mantener su pretendida superioridad. Esta actitud, reveladora de un claro contenido racista, no puede dejar de ser motivo de preocupación para todos aquellos que estudian y siguen la evolución de nuestra sociedad (en Nascimento, A., 1978, p. 96).

subsistencia de los demás miembros de la familia. Esto significó que su trabajo físico se multiplicó por diez, ya que estaba obligada a dividirse entre el arduo trabajo en la casa de la patrona y sus responsabilidades familiares. Antes de ir al trabajo, tenía que buscar agua en la canilla común de la favela, preparar el mínimo de alimentos para los familiares, lavar, planchar y distribuir las tareas de las hijas mayores en el cuidado de los más pequeños. Despertarse a las 3 o 4 de la madrugada para “adelantar los servicios domésticos” y estar en la casa de la patrona de 7 a 8 de la noche, después de haber servido la cena y dejado todo limpio. En la actualidad, la situación no es muy diferente para ella. Pero veamos los datos objetivos que pueden proporcionarnos elementos para comprender su situación como fuerza laboral en los últimos años.

El Censo de 1950 fue el último en proporcionarnos indicadores sociales básicos relacionados con la educación y el sector de la actividad económica de la mujer negra. A partir de entonces, se puede observar lo siguiente: su nivel de educación es muy bajo (la escolaridad alcanza como máximo el 2.º año de primaria o fundamental) y el analfabetismo es un factor predominante. Desde el punto de vista de la actividad económica, solo alrededor del 10% trabaja en la agricultura y/o la industria (principalmente textil, y en términos de la región sudeste-sur); el 90% restante se concentra en el área de servicios personales.

En cuanto a los Censos siguientes, el de 1960 solo conserva el ítem del color, con el propósito de evaluar su distribución por los estados brasileños; sin embargo, esto no nos adelanta en nada para obtener información precisa sobre la situación de la mujer negra en la fuerza laboral. Por su parte, el Censo de 1970 termina por excluir este ítem y en el de 1980, al parecer, su reinclusión no está decidida. La justificación dada se refiere a dificultades de orden técnico. Por ejemplo: ¿cómo decidir qué significa ser negro, pardo o blanco en regiones tan diferentes como Bahía y Río de Janeiro y Río Grande do Sul? Y así sucesivamente. De todos modos, es importante destacar que, por mayores que sean las dificultades técnicas existentes, no se puede permanecer en la ignorancia de datos cuantitativos que nos permitan obtener una mejor información sobre la población de color en nuestro país. Bajo las alegaciones presentadas, se delinean la intención de ocultar la situación de miseria y desamparo en la que se encuentra, así como el interés en aparentar la inexistencia de la discriminación racial en Brasil.

Veamos cómo se inserta la mujer negra en la fuerza laboral en el período que va de 1950 hasta la actualidad. Sabemos que el desarrollo y la modernización determinaron la expansión de diferentes sectores industriales, junto con la creciente urbanización. Ante esta expansión, la industria textil entró en un proceso de decadencia que resultó en el

cierre de muchas fábricas. Con ello, la mujer negra perdió prácticamente su lugar en la clase obrera o, en el mejor de los casos, intentó ingresar a otros sectores primarios como la industria de la ropa o de alimentos, donde sería la gran minoría (el proceso de selección racial también actúa en este sector, es decir, la obrera blanca o “morena” siempre tiene mejores posibilidades que la negra). De todos modos, se abrieron nuevas perspectivas en los sectores burocráticos de nivel más bajo, que se feminizaron. Es el caso de la prestación de servicios en oficinas, bancos, etc. Pero tales actividades requieren cierto nivel de educación que la mujer negra no posee. Este hecho creó aún más motivos en favor de la reafirmación de la discriminación, ya que el contacto con el público exige “educación” y “buena apariencia”. Incluso en la actualidad, cuando se observan mejoras en el nivel de educación de una minoría de mujeres negras, lo que se observa es que, por más capacidad que demuestren, son pasadas por alto. Basta con leer los anuncios de trabajo en los periódicos; las expresiones “buena apariencia”, “excelente apariencia”, etc., constituyen un código cuyo significado indica que no hay lugar para la mujer negra. Las posibilidades de ascenso a ciertos sectores de la clase media son prácticamente nulas para la mayoría absoluta. Y estos sectores son precisamente los de la clase media.

Sabemos que, de 1950 hasta hoy, ha ocurrido un proceso de crecimiento de las clases medias. Pero en términos relativos, en lo que respecta a la población negra, esto significó la deterioración de sus posibilidades en el mercado laboral. Excluida de la participación en el proceso de desarrollo, quedó relegada a la condición de masa marginada, sumida en la pobreza, el hambre crónica y el desamparo. Cabe recordar aquí que el lema del abolicionismo era que “el negro puede ser doctor”. Desde 1888, lo que se observó fue la desaparición de los doctores negros que, en la fase anterior, ya venían participando en el proceso político nacional. ¿Qué mecanismos utilizaron las clases dominantes para neutralizar la participación negra en los diferentes niveles de la sociedad brasileña? Que se lea y analice el pensamiento del ideólogo del racismo brasileño, el ya citado Oliveira Vianna, y que se piense en su fuerte influencia, incluso en el pensamiento de intelectuales considerados “abiertos”. Esta sería una de las respuestas. Las exigencias del sistema en su conjunto son fundamentales.

Lo que ocurre en Brasil no es solo una discriminación efectiva; en términos de representaciones mentales sociales que se refuerzan y se reproducen de diferentes maneras, lo que se observa es un racismo cultural que lleva, tanto a los verdugos como a las víctimas, a considerar natural el hecho de que la mujer en general y la negra en particular

desempeñen roles sociales devaluados en términos de población económicamente activa. En cuanto a la discriminación de la mujer, se observan, por ejemplo, las diferencias salariales en el desempeño de una función en comparación con el hombre, y la aceptación de que “todo va bien”. En cuanto a la mujer negra, su falta de perspectivas respecto a la posibilidad de nuevas alternativas hace que se dedique a la prestación de servicios domésticos, lo que la coloca en una situación de sumisión, dependiente de las familias de clase media blanca. La empleada doméstica ha sufrido un proceso de refuerzo en cuanto a la internalización de la diferencia, de la “inferioridad”, de la subordinación. Sin embargo, ella ha posibilitado y aún posibilita la emancipación económica y cultural de la patrona, de acuerdo con el sistema de doble jornada, como ya hemos visto. Es interesante observar, en los textos feministas que tratan sobre las relaciones de dominación hombre/mujer, de la subordinación femenina, de sus intentos de concienciación, etc., cómo existe una especie de discurso común con respecto a las mujeres de las capas más pobres, del subproletariado, de los grupos oprimidos. En términos de escritos brasileños sobre el tema, se percibe que la mujer negra, las familias negras, que constituyen la gran mayoría de estas capas, no son caracterizadas como tales. Las categorías utilizadas son precisamente aquellas que neutralizan la cuestión de la discriminación racial, del

confinamiento al que la comunidad negra está reducida. De ahí se desprende cuánto las representaciones sociales manipuladas por el racismo cultural también son internalizadas por un sector, también discriminado, que no se da cuenta de que, en su propio discurso, están presentes los viejos mecanismos del ideal de blanqueamiento, del mito de la democracia racial. En este sentido, el retraso de los movimientos feministas brasileños es evidente, ya que están liderados por mujeres blancas de clase media. También aquí se puede percibir la necesidad de negar el racismo. El discurso es predominantemente de izquierda, enfatizando la importancia de la lucha con el empresariado, las denuncias y las demandas específicas. Sin embargo, es impresionante el silencio con respecto a la discriminación racial. Aquí también se nota la necesidad de sacar de escena la cuestión crucial: la liberación de la mujer blanca se ha logrado a expensas de la explotación de la mujer negra.

El asombro y/o la indignación expresados por diferentes sectores feministas cuando se explicita la superexplotación de la mujer negra a menudo se manifiestan de manera que considera nuestro discurso, como mujeres negras, como una forma de revancha o reclamo. Otro tipo de respuesta que también denota los efectos del racismo cultural, por un lado, y la revancha, por otro, es aquel que considera nuestra expresión como “emocional”. Lo que no se percibe es que, al

denunciar las múltiples formas de explotación del pueblo negro en general, y de la mujer negra en particular, la emoción, por razones obvias, está mucho más presente en quienes nos escuchan. Dado que el racismo, como discurso, se encuentra entre los discursos de exclusión, el grupo excluido es tratado como objeto y no como sujeto. En consecuencia, se infantiliza, no tiene derecho a voz propia, se habla por él. Y dice lo que quiere, caracteriza al excluido de acuerdo con sus intereses y sus valores. En el momento en que el excluido asume su propia expresión y se presenta como sujeto, la reacción de quienes escuchan solo puede darse en los niveles anteriormente caracterizados. El modo más sutilmente paternalista es precisamente aquel que atribuye el carácter de “discurso emocional” a la verdad contundente de la denuncia presente en la expresión del excluido. Para nosotros, es importante destacar que la emoción, la subjetividad y otras atribuciones dadas a nuestro discurso no implican una renuncia a la razón, sino más bien una forma de hacerla más concreta, más humana y menos abstracta y/o metafísica. Se trata, en nuestro caso, de otra forma de razón.

El proceso de exclusión de la mujer negra se manifiesta, en términos de la sociedad brasileña, a través de los dos roles sociales que se le asignan: “domésticas” o “mulatas”. El término “doméstica” abarca una serie de actividades que marcan su “lugar

natural”: empleada doméstica, merendera en la red escolar, sirvienta en supermercados, en la red hospitalaria, etc. Por otro lado, el término “mulata” implica la forma más sofisticada de reificación: ella es nombrada “producto de exportación”, es decir, objeto a ser consumido por turistas y por la burguesía nacional. Aquí tenemos la engañosa oferta de un seudomercado laboral que funciona como un embudo y que, en última instancia, determina un alto grado de alienación. Este tipo de explotación sexual de la mujer negra se articula con todo un proceso de distorsión, folclorización y comercialización de la cultura negra brasileña. Piénsese en el proceso de apropiación de las escuelas de samba por parte de la industria turística, por ejemplo, y en cuánto esto, además del lucro, significa en imagen internacional favorable para la “democracia racial brasileña”.

## FUENTES CONSULTADAS

- ALTHUSER, L. (1967). *Ler o Capital*. Rio de Janeiro: Zahar. [Hay traducción al español: *Para leer El Capital*. Trad. Marta Harnecker. México: Siglo XXI, 1967]
- CARDOSO, F. H. *O Capitalismo e escravidão no Brasil meridional*. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1962.
- FERNANDES, F. *O negro no mundo dos brancos*. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1972. [Hay traducción al español: Florestan Fernandes, *El negro en el mundo de los blancos*. Trad. Mariana de Gainza, Universidad Nacional de Sarmiento, 2017]
- \_\_\_\_\_. *A integração do negro na sociedade de classes*. São Paulo: Dominus, 1965.
- HASENBALG, C. *Desigualdades raciais no Brasil*. Revista Dados, no 14, p. 7-33. (Publicação do Instituto Universitário de Pesquisas do Estado do Rio de Janeiro), 1978.
- IANNI, O. *As metamorfoses do escravo*. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1962.
- MARX, K. *Capital*. Vol. I. Paris: Gallimard, 1965 [Hay traducción al español: Karl Marx, *El Capital: crítica de la economía política*. Versión de Wenceslao Roces, México: Fondo

de Cultura Económica, Capítulo XXIV, 2014.]

MOURA, C. *O negro: de bom escravo a mau cidadão?* Rio de Janeiro: Conquista, 1977.

NASCIMENTO, A. *O genocídio do negro brasileiro: processo de um racismo mascarado.* Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1978.

NUN, J. *Superpopulação relativa, exército industrial de reserva e massa marginal* . In Populações “marginais” (Org. Luiz Pereira). São Paulo: Duas Cidades. 1978. p. 73-141. [Hay traducción al español: José Num, “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal”, Centro Latinoamericano de Democracia, 1971]

ROUANET, S. P. *Imaginário e dominação.* Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1978.

SKIDMORE, T. *Preto no branco.* Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1977.